

Elvira Sastre

La soledad de un cuerpo
acostumbrado a la herida





Seix Barral Biblioteca Breve

Elvira Sastre

La soledad de un cuerpo
acostumbrado a la herida

Prólogo de Joan Margarit

PRÓLOGO

Un poeta o una poeta joven es siempre una incógnita. Si empieza mal, como aquel que un día me visitó y comenzó diciendo que *él no leía poesía para no contaminarse*, puede ser que un año después haya experimentado un cambio rotundo, brutal a veces, y comience una singlatura de gran poeta. Si empieza bien, quién sabe qué turbulencias le esperan: la relación de la poesía con la vida es tan intensa, para bien o para mal, que nunca bastará con la imprescindible condición de llegar al mundo con el pan de la inspiración bajo el brazo. Pienso que, a la larga, nada acabará valiendo si uno no le ha dedicado su vida entera. De los estantes de mi biblioteca ya no bajan, por mucho que se mantenga su respetabilidad, los Rimbaud o los Gil de Biedma. A mano en las mesas y mesitas de noche, de aquí para allá, siempre más a mano, están los poetas que, como Baudelaire o Juan Ramón, escribieron hasta la muerte. Capto en ellos un plus que no sé describir, una fuerza que no está en la perfección de los que abandonaron.

No puedo saber lo que hará Elvira Sastre con su vida, pero sí sé que ahora es una espléndida poeta joven que

despliega con fuerza su personalidad y que en este libro de original y hermoso título demuestra poseer no sólo el atributo de la inspiración, sino la conciencia de que esa inspiración es sólo el comienzo del trabajo y el esfuerzo cuyo rendimiento es el más dudoso socialmente hablando.

La soledad de un cuerpo acostumbrado a la herida es un libro que cumple con las exigencias de precisión y concisión necesarias para que la poesía sea la más exacta de todas las letras, como las matemáticas lo son de todas las ciencias. Un diálogo sentimental más duro que desgarrado, con la lucidez y el sentido común que protege la poesía de la retórica y des- plegándose sin concesiones ajenas a su preciso objetivo. De hecho, un largo poema que nos conduce con una reposada contundencia, seguro de sí mismo, hasta su final sin bajar ni la guardia ni el nivel de expresión, sin acudir al recurso de la repetición de imágenes para expresar lo mismo, esa pesadez a veces tan común y explicable en la poesía de los jóvenes. Ampliando o adelgazando el verso pero nunca gratuitamente, para utilizar al máximo los recursos claros y austeros de los que se ha propuesto disponer.

Un amor de verdades desnudas que sin efectos especiales se va describiendo a sí mismo sin falsedad. Del drama en sí pero sin dramatismo surge verso a verso la belleza a la vez que lo implacable de la historia, que nunca deja, en el momento oportuno, de dar paso a la ternura, junto al daño y el gozo y ese canto a la libertad que respira todo el libro. Un largo poema iniciático para alcanzar el conocimiento de que el amor necesita al dolor y el dolor al amor para la dignidad de ambos.

He leído este libro de Elvira a poco de entregar a la editorial Igitur la traducción que mi nieto Eduard Lezcano y yo hemos llevado a cabo del magnífico *Stag's Leap* de la gran poeta norteamericana Sharon Olds. Una crónica de una separación, de un abandono, pero éste a los sesenta años. No he podido asombrarme de mi suerte: dos libros de poesía absolutamente distintos en su razón de ser, su planteo, su forma y hasta, si se me permite, en su objetivo. Dos poemarios de dos mujeres en los extremos opuestos de sus vidas adultas, de su formación y su madurez, pero con el tema único, inacabable, de la soledad, de la resistencia frente a la desolación. Sharon no puede leer en español y difícilmente leerá a Elvira, pero Elvira no debe perderse a Sharon. Y yo, el más feliz de que las dos me hayan permitido llegar tan cerca de su poesía.

JOAN MARGARIT

Sant Just Desvern, 27 de noviembre de 2016

LIBRE

*No me da ningún miedo que me pisen.
Cuando se pisa, la hierba se convierte en sendero.*

BLAGA DIMITROVA

Quería que supieras
que mi daño es algo que sólo elijo yo.

Que me dejo mecer por tus empujones
como si fueran viento que me coloca lejos de ti
porque todas mis puertas están abiertas
y yo soy libre.

Que el odio
es el disfraz de una piel, el reverso de un cuerpo,
y desde otro lugar
tu cara se intuye del revés,
perdida,
y no hay nada peor que sentirse olvidado
dentro de uno mismo.

Que tus intentos de quebrarme el paso
sólo consiguieron hacerme pisar más fuerte,
y cuanto más lejos te colocas
más cerca estoy de mí misma.

Que quisiste taparme los ojos
y hundirme,
pero mi mirada está más cerca del mar
que de tu suelo.
Y te lo repito:
soy libre.

Que sólo aquel que entiende mi silencio
merece mi palabra,
y tú hace tiempo que dejaste de comprender
que la diferencia entre un hogar
y un sitio al que volver
sólo es una puerta abierta.
Tu puerta cerrada
es la entrada a mi casa.

Que quisiste quitarme todo
y te quedaste sin mí.

Que mi risa fue tu risa
y nuestras lágrimas fueron una,
pero dejaron de hablar el mismo idioma
cuando tus carcajadas
fueron balas contra mi pena,
cuando tu tristeza
arremetió ahogada contra mi alegría.

Que siempre colocaré la verdad
frente a mis huellas,
que no daré respuestas
a quien no acepta mis preguntas,
que no iré a aquel lugar
en el que no me reconozca,
que no daré la mano
al que me señala con el dedo.

Que nunca me perdiste:
dejaste que me marchara,
que es la peor forma que existe de abandono
—para el que se queda—.
Y este será tu mayor castigo.

Pero no,
no diré nada que enturbie mi paz,
que moleste la duna calmada
que descansa en mi conciencia.

Mejor me voy
sin decir nada que no sea un espacio hueco
—lo que te mereces: nada—,
porque irse en silencio hace más ruido
que cualquiera de tus quejas.

Y yo ya he pasado de canción.